

¡Oh! sombra de Ambrosio Paré!!
«Es una gran tristeza, decía el consultor de Carlos IX, el ver al médico torturar tanto á la víctima. Es de un mal cristiano hacerla sufrir tanto.»

Abrazando con un golpe de vista sintético nuestras tres últimas conferencias; ¿qué descubrimos? ¿Cuáles son las baterías de la vieja medicina? Hélas aquí:

Sangrías, sanguijuelas, purgantes, vomitivos, vejigatorios, cauterios, sedales, moxas, etc.

¡Y este es el progreso!!

¡Y para saber hacer «esto,» es necesario barrer durante ocho años, el polvo de los bancos de las escuelas! ¡y para tener el derecho de hacer «esto,» es necesario ser bachiller en letras, bachiller en ciencias, doctor en medicina, y provisto de un pergamino, que se llama diploma! ¡Y para enseñar «ésto,» es preciso tener una toga roja y una capa de armiño, y ser, en una cátedra tan elocuente como César y Cicerón!

Pero «ésto» todo el mundo lo ha visto hacer, todo el mundo sabe hacerlo; una simple partera lo mismo que un doctor; un enfermero lo mismo que un profesor; y tuvo cien veces razón Goazet, de Tolosa, cuando al decir de Bordeu— pronunció un discurso público en el que avanzó que «en las enfer-

medades ordinarias los enfermeros saben tanto como los médicos, y que en las extraordinarias «no saben más que los enfermeros.»

¡Hé aquí el progreso!!

¡Trabajad, pues, durante treinta años, y gastad toda vuestra juventud para llegar á eso!

¿Es preciso, entonces, para poner en juego el mecanismo de nuestra terapéutica, ser un Sydenham ó un Barthez? ¿Es preciso, pues, ser un Rossini ó un Mozart, para mover el mecanismo de un órgano de barbarie?

Decís que curáis con semejantes medios, entonces.....

Esperad y no os apresuréis por concluir, dejadme hacer os conocer las opiniones de vuestros profesores, respecto á esta cuestión.

Guersent, después de haber hablado respecto á esos medios terapéuticos, recomienda á los médicos una muy grande prudencia sobre las conclusiones que deben sacar de los efectos que ellos obtienen, y termina diciendo:

«Las ilusiones terapéuticas son fáciles y numerosas, y muy á menudo se es llevado á atribuir al efecto de un medio insignificante, ó algunas veces hasta nocivo, las mutaciones favorables, que son el resultado ó de una influencia atmosférica, ó de una impre-

«sión moral, ó de un esfuerzo espontáneo de la naturaleza, que cura algunas veces felizmente «á pesar de nuestros errores.»

Velpeau, que sostuvo al sedal en los debates académicos, terminó por estar muy embarazado en su conclusión, y hablando del tratamiento de la amaurosis, dijo:

«Yo no empleo el sedal sino en el caso en que la afección que determina la amaurosis, está mal «definida.»

«Yo sé que hay (hé aquí la «pina) una gran dificultad, la de saber si, cuando una amaurosis «ha sido curada después de la «aplicación de un sedal en la «ca, es el sedal el que produce la «curación, ó si esta amaurosis «bía curarse sola, ó por el hecho «de la medicina que se empleó durante la permanencia del sedal; «esta dificultad ciertamente es inmensa, pero ella «pesa sobre toda la medicina, sobre todos los «medios terapéuticos, y creo «que si quisiera examinar de la «misma manera á todos los agentes de que dispone lá terapéutica, quedarían muy pocos en la «ciencia, después de haber sufrido «semejantes pruebas.»

Curáis, decís, con semejantes medios.

Escuchad todavía estas pequeñas sátiras que yo habría dejado

dormir bajo el velo de la mortificación, si no me hubiérais obligado á ser indiscreto:

«Siendo aún muy joven— escribeme nuestro jocoso Bordeu, á quien me gusta citar tanto,— visitaba en calidad de cuarto médico á un enfermo atacado de fiebre, de dolor de costado, y de esputos de sangre. Yo no tenía opinión que dar, fácilmente se comprende. Uno de nuestros tres consultantes propuso una tercera sangría, (era el tercer día de la enfermedad); el segundo propuso el emético, combinado con una purga, y el tercero un vejigatorio en las piernas. El debate no fué pequeño y ninguno quería ceder. Hubiera jurado que todos tenían razón. En fin, se tendrá trabajo en creer que, por circunstancias inútiles de referir, esta disputa interesó á cinco ó seis familias numerosas, divididas, como los médicos, y que pretendían apoderarse del enfermo; ella duró hasta pasado el séptimo día de la enfermedad. Sin embargo, á pesar de las terribles amenazas de mis tres maestros, el enfermo, reducido á la bebida y á la dieta, sanó. Yo seguí esta curación, porque había quedado solo; la hallé trazada en la escuela de Cos, y exclamé: Esta es, pues, la ruta que es preciso seguir!»

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
ALFONSO HAYES
AP26, 2625 MONTERREY, MEXICO

Todavía otra historia. En ésta el satírico profesor no teme nombrar á los autores. Se trata de Sérane padre é hijo, médicos del hospital de Montpellier. El padre ordenaba siempre y para todo el emético, con ó sin adición de dos onzas de maná. La sangría era el gran caballo de batalla del hijo. Sin embargo, continúa Borden: «Los enfermos se aliviaban sin ser sangrados, porque el viejo Sérane no gustaba de la sangría, y sin tomar emético, porque el joven Sérane había probado á su padre que ese remedio aumentaba la inflamación. Los enfermos se aliviaban, y yo sacaba mi provecho. Concluí, que las sangrías que Sérane chico multiplicaba cuando estaba solo, eran cuando menos tan inútiles como el emético reiterado, al que Sérane padre tenía tanta afición.....»

¡Escuchad esta famosa profesión de fe!

«Declaro sin pasión, y con la modestia á la que me condenan mis débiles conocimientos, que, cuando veo hacia atrás, tengo vergüenza de haber insistido tanto, ya en las sangrías, ya en los purgantes y eméticos.»

¡Pobre Borden! ¿puede decirse que no era hombre de progreso?

¿Habéis podado mejor el árbol dermatológico que el célebre Ali-

bert? Escuchad todavía esta pequeña anécdota, el modelo más perfecto del escepticismo médico.

Un día llegó una dama á darle las gracias por haberla curado de una erupción.

—¿Yo os he curado de una erupción?

—Si, doctor.

—¡Vamos! estáis engañada; nunca he curado á ninguno de erupciones.

—Sr. doctor, os chauceáis. Yo soy la Sra. N....., á quien habéis asistido el año pasado, de regreso de Perigord, según vuestros consejos, para afirmar mi curación; ya lo veis, ya no hay erupción.

—Basta, basta, señora; os lo repito, yo no he curado jamás erupciones; la primavera próxima os lo probará.

Hé aquí dos hechos, sencillos, pero que hieren á la conciencia.

Pero, no quiero terminar esta conferencia sin reproducir este enérgico testimonio de Marchal (de Calvi.) Ningún académico, ningún orador, ningún escritor moderno, ha zaherido con tanta elocuencia á la terapéutica de Galeno. Después de haber sembrado la duda, con la más cáustica ironía, sobre los hechos de la curación, que Bouvier pretendía haber obtenido por medio de sus sedales de hilos, apli-

ca el hierro rojo sobre la vieja doctrina.

«Los hechos que él alega, dice, son ejemplos de esa deplorable medicina que he llamado «episódica», que es la medicina de los hospitales, que da á la sociedad médicos obligados á comenzar su educación médica á costa de los enfermos, durante varios años de tanteos, de ensayos, de azares y de reveses, en medio de las ansiedades del espíritu y de las angustias de la conciencia; medicina llamada clínica, que se fija en la enfermedad, en el episodio, en el accidente actual, en la manifestación del momento, y desafiando á la enfermedad misma; medicina mentirosa, que se da los humos de exactitud matemática, sirviéndose de las cifras para demostrar curaciones «que son desmentidas en seguida;» medicina de estuco, que extiende sobre muros en ruina una capa de cal, cuando era preciso reconstruirlos y renovarlo todo, piedras y cimientos. Y no hay necesidad de medirse en los términos, «en atención de que aquí se trata de todo el mundo, y no solamente de un error personal.»

Ante este testimonio, estoy disgustado de ser homeópata.—Comprended bien mi pensamiento:—ahora quisiera hacerme alópata pa-

ra hacerme renegado mañana. El viejo campo está minado, puede saltar al primer instante. Lo habéis oído, se nos ha advertido, la mina va á estallar, uno de los generales ha «vendido la mecha!» Oh! quisiera ser alópata para tener el gusto de la deserción!

Todavía podréis obstinaros en citarme casos de curaciones, lo sé; pero aprended á interpretarlos.

Así, un doctor me decía un día:—Os aseguro que con cuatro vejigatorios, curé á mi madre, condenada á muerte, en junta de médicos;—no lo dudo, le respondí, esto prueba muy sencillamente, que la cantárida podía curar esta enfermedad, y si le hubierais dado ese medicamento al interior y en conveniente dosis, la curación hubiera tenido lugar con seguridad y más agradablemente.

De esta manera es como todos los medios ó remedios aplicados sobre la piel son absorbidos y curan las afecciones que le son semejantes. De este modo es como yo administro diariamente remedios por el método endérmico, así es como son neutralizadas muy fácilmente, por fricciones cutáneas, las enfermedades que son del dominio de la quinina, del árnica, de la belladona, de la nuez vómica, etc.

Voy más lejos, y sorprenderé

probablemente á muchas personas por esta aserción.

Hay casos en los que yo aplicaría un vejigatorio, ó vejigatorio; aquellos en los cuales me sería «absolutamente imposible» el dar la cantárida al interior. Entonces, para hacerla pasar al organismo por vía de absorción, podría servirme de su pomada, en fricción, ó del vejigatorio, y sin dejar ni un instante de ser homeópata, sin transgredir la doctrina de los «semejantes,» ni en el espesor de un milímetro, sin correr el riesgo de ser acusado de la más pequeña apostasia.

Ya veis que no queremos condenar á la inacción absoluta á la superficie cutánea. Aprovechamos, cuando es preciso, su poder absorbente, y le damos la misión de llevar al organismo las substancias medicinales homeopáticas.

¡Pero los cauterios! ¡los sedales! ¡las moxas! ¡jamás, gran Dios, jamás! Si el vejigatorio pudiera ser empleado en un caso tan raro, como un eclipse total de sol, la aplicación de esos medios bárbaros, no puede ser más posible, que una detención de ese astro en su carrera.

Pero decís aún, puesto que es-

tos medios no son medicamentos bien los podéis emplear, dando vuestros remedios que no podrán ser perturbados en su acción.

—Aún cuando esos medios fuesen completamente inocentes y no peligrosos, yo nos los quisiera en ningún caso. ¿Qué váis á hacer con ellos desde el momento que el remedio se encarga solo de la curación? Decidme, ¿engancharíais un caballo á una locomotora?

No me habléis pues, de progreso, cuando os ocupáis en perfeccionar la ballesta, y la azagaya, convencidos de que la pólvora, no durará mucho y que esas armas volverán.

No me habléis de progreso, cuando os asemejáis á esos Arabes que, en la batalla de Tchaldiram, se obstinaban en no batirse sino con flechas contra los turcos que los ametrallaban con sus cañones.

Si existen medios para reemplazar á la sangría y á las sanguijuelas, á los purgantes y á los vomitivos, á los vejigatorios y á los cauterios, á los sedales y á las moxas; si aparte de vuestras teorías fantásticas de derivación y de revulsión, existe un principio, que vaya directamente al fin, y más pronto, y más agradablemente que todos sus

rivales, estaremos en derecho de decir: ¡he aquí al progreso!

Sí, la Homeopatía, es la medicina del progreso, y la Alopátia, como dice el jocosó Bordeu, es una

coqueta que, á medida que envejece, se pone adornos y atavíos; ella fué sencilla en su juventud, y he aquí, como la amó Hipócrates, su primer amante.

probablemente á muchas personas por esta aserción.

Hay casos en los que yo aplicaría un vejigatorio, ó vejigatorios; aquellos en los cuales me sería «absolutamente imposible» el dar la cantárida al interior. Entonces, para hacerla pasar al organismo por vía de absorción, podría servirme de su pomada, en fricción, ó del vejigatorio, y sin dejar ni un instante de ser homeópata, sin transgredir la doctrina de los «semejantes,» ni en el espesor de un milímetro, sin correr el riesgo de ser acusado de la más pequeña apostasia.

Ya veis que no queremos condenar á la inacción absoluta á la superficie cutánea. Aprovechamos, cuando es preciso, su poder absorbente, y le damos la misión de llevar al organismo las substancias medicinales homeopáticas.

¡Pero los cauterios! ¡los sedales! ¡las moxas! ¡jamás, gran Dios, jamás! Si el vejigatorio pudiera ser empleado en un caso tan raro, como un eclipse total de sol, la aplicación de esos medios bárbaros, no puede ser más posible, que una detención de ese astro en su carrera.

Pero decís aún, puesto que es-

los medios no son medicamentos bien los podéis emplear, dando vuestros remedios que no podrán ser perturbados en su acción.

—Aún cuando esos medios fuesen completamente inocentes y no peligrosos, yo nos los quisiera en ningún caso. ¿Qué váis á hacer con ellos desde el momento que el remedio se encarga solo de la curación? Decidme, ¿engancharíais un caballo á una locomotora?

No me habléis pues, de progreso, cuando os ocupáis en perfeccionar la ballesta, y la azagaya, convencidos de que la pólvora, no durará mucho y que esas armas volverán.

No me habléis de progreso, cuando os asemejáis á esos Arabes que, en la batalla de Tchaldiram, se obstinaban en no batirse sino con flechas contra los turcos que los ametrallaban con sus cañones.

Si existen medios para reemplazar á la sangría y á las sanguijuelas, á los purgantes y á los vomitivos, á los vejigatorios y á los cauterios, á los sedales y á las moxas; si aparte de vuestras teorías fantásticas de derivación y de revulsión, existe un principio, que vaya directamente al fin, y más pronto, y más agradablemente que todos sus

rivales, estaremos en derecho de decir: ¡he aquí al progreso!

Sí, la Homeopatía, es la medicina del progreso, y la Alopátia, como dice el jocosos Bordeu, es una

coqueta que, á medida que envejece, se pone adornos y atavíos; ella fué sencilla en su juventud, y he aquí, como la amó Hipócrates, su primer amante.